Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan Rios, Perez y Cuesta.

LA VIVA Y LA DIFUNTA.

Comedia en un acto, arreglada al teatro español por E. B. *para representarse en el de la Comedia* (Instituto), *el año de* 1850.

PERSONAS.

El baron de Kerandal, *banquero.*
Leopoldo, *jóven pintor.*
Pedro Manclerc, *aldeano breton.*
Magdalena, *aldeana.*

La escena pasa en Bretaña, en el palacio de Kerandal, á poca distancia del mar.

Sala baja de un palacio antiguo: puerta en el fondo. Grandes ventanas que dan al bosque, á través de las cuales se vé la mar en lontananza.

ESCENA PRIMERA.

El Baron, *en trage de caza*; Leopoldo, *con un album en la mano; ambos que entran por el fondo.*

Bar. Cómo! Es V. Leopoldo, á quien yo encuentro en el fondo de la Bretaña?

Leo. Yo mismo, querido baron... porque creo que es V. baron.

Bar. Como todo el mundo... por mi gusto y mi dinero. Banquero, he aqui lo sólido, lo necesario. Lo de baron...

Leo. Supérfluo.

Bar. La baronía de Kerandal... propiedad soberbia. Yo leí una mañana en mi periódico lo siguiente. Situada en Bretaña, á orillas de la mar, mil doscientas aranzadas.

Leo. Una vista soberbia.

Bar. Tres mil francos de imposicion. La he comprado, y vengo...

Leo. A cazar.

Bar. Y á las elecciones. En este pais no entienden nada de diputados.

Leo. Y V. piensa?...

Bar. Cabalmente. Esta gente es campesina, sin modales, sin educacion, sin espíritu, y asi yo aspiro...

Leo. A representar .. en las Córtes.

Bar. Y me creo digno, á la verdad... asi me lo aseguran todos. Iba estaba mañana, con mi escopeta al hombro, buscando epitetos y frases para mi primer discurso, cuando de repente, oh encuentro imprevisto y pintoresco! diviso sobre la punta de una roca, á un pintor, con su album en la mano, y diseñando uno de mis puntos de vista.

Leo. Sin vuestro consentimiento; ese era yo.

Bar. El jóven artista, que me habia recomendado la marquesita de Brevannes, mi parienta; y yo convengo desde luego en que V. ha hecho un retrato encantador de mi muger.

Leo. Caballero, no está sino parecido.

Bar. Pero me parece que es V. sombrío, misantropo, y enemigo de visitas. Nunca se le vé á V. Indudablemente V. se ha hecho rico.

Leo. Todo lo contrario; mi capital se compone de dos billetes de quinientos francos; esto es todo lo que poseo para visitar la Europa, empezando por la Bretaña.

Bar. Y por qué me desdeña V.? Que diablo; ya se lo he dicho; yo soy baron, soy banquero, y soy guapote. Cuando uno se trata con las personas ricas, se adquiere su aire, y frecuentemente es un elemento para serlo. La baronesa, mi consorte, que estima á V. mucho, le ha enviado este invierno infinitas invitaciones...

Leo. Yo le estoy sumamente agradecido, y á V. tambien.

Bar. Hubiera tenido grande satisfaccion en verle; porque un artista sienta bien en un salon. Las artes, y el dinero... ya V. comprende; pero á lo que veo V. no va á ninguna parte.

Leo. Cierto.

Bar. Yo no le he visto en Paris sino en una casa; ya hace sus dos años, me parece. Fué en el arrabal de San German, en casa de esa marquesita de Brevannes, tan hechicera y deliciosa.. pero, qué tiene V... (*á Leopoldo que se estremece.*)

Leo. Nada, caballero, nada, V. la conoce bien? (*con interés.*)

Bar. Somos parientes lejanos, por mi mujer, y

en las pocas veces que la he visto... es verdad que yo soy muy enamorado, la he hecho una declaracion famosa.

Leo. Usted?

Bar. Que la he hecho reir, á fé mia. Todos la adoraban, escepto su marido. Un libertino, un jugador que se habrá comido él solo su inmensa fortuna; y aun se asegura que cuando ella no firmaba un préstamo ó se comprometia por él, osaba pegarla.

Leo. Y Vds. lo han sufrido? Vds., sus parientes, sus amigos! *(ap.)* Ah! si yo lo hubiera sabido, si yo hubiera estado entonces en Paris! *(alto con rabia.)* Su marido, vea V., su marido!

Bar. Y bien?

Leo. Cuando vuelva de Roma, yo correré á su casa; pero si ha partido...

Bar. A Calcuta? Nada de eso. Y para qué le quiere V., amigo mio?

Leo. *(con rabia.)* Para matarlo... *(reprimiéndose.)* por razones personales y particulares.

Bar. Esa es otra cosa.

Leo. Pero, en fin, él vendrá y le mataré, yo lo aseguro.

Bar. Lo dudo mucho.

Leo. Cómo! V. lo duda?

Bar. Pues no, amigo!

Leo. La razon.

Bar. Usted no puede matarlo... porque ha muerto; ya vé V. que le ha cogido la delantera.

Leo. *(estupefacto.)* Qué escucho!... el marqués ha muerto?

Bar. Como dos y tres son cinco. Su adversario, de quien yo soy banquero, me lo ha escrito. Ayer he recibido su carta, y el Diario de hoy publica la noticia. Vea V. *(dándole el periódico y leyendo.)* «En Calcuta, á donde habia ido á desempeñar su hacienda... muerto en desafio, hace mas de un año... despues de una escena de juego.»

Leo. *(dándole el periódico que el baron pone sobre la mesa, á la derecha.)* Es verdad! es verdad! Y él habrá atormentado y ultrajado impunemente á su pobre mujer!

Bar. Querido, esa es una estimacion hácia la marquesa...

Leo. Que no acabará sino conmigo. Yo se lo debo todo; pobre y desconocido... sin apoyo, sin proteccion... yo moria de hambre en mi humilde albergue...

Bar. Demonio... pero era preciso darse á conocer.

Leo. Y cómo? Mi obra primera no fué admitida en la esposicion. Delirante, calenturiento, habia roto en mi furor el lienzo de mi cuadro, con un cuchillo que pronto iba á volver contra mí... cuando de repente tocan á mi puerta, y veo una señorita seguida de un lacayo. De la habitacion vecina, á donde ella habia ido á llevar socorros, hubo de comprender sin duda mi situacion, porque con una voz dulce y benéfica, me dijo: «Usted es pintor, caballero?» —«Si señora, la contesté.»—Pues yo vengo á encargarle un cuadro; valor, artista, valor.» Yo no sé lo que pasó, ni lo que le respondi; recuerdo solamente, que cai á sus pies lleno de sorpresa. Al siguiente dia corrí á su casa, en donde el lujo que la adornaba, las hermosas pinturas y las colgaduras de seda y oro, apenas llamaron mi atencion; yo nada veia sino á ella. Angel por su bondad, lo era tambien por sus hechizos, por aquellos hechizos que yo debia haber adorado como pintor únicamente... Alli, fieles á su voz, se reunian todos los talentos de la córte, para beber la inspiracion en sus miradas; tambien cundian los desgraciados que nunca se separaban de ella sin consuelo.

Bar. Y el cuadro que habia encargado á V.?

Leo. Fué recibido y obtuvo los honores de la esposicion; todos me hacian grandes elogios de él, elogios, ay! que escuchaba con indiferencia. Ella lo habia encontrado escelente, colocándolo en su gabinete, y este fué el dia mas feliz de mi vida. Sentia la necesidad de ir á Italia, y estudiar los grandes maestros; pero un viaje asi me era imposible. Ella, sin duda, hubo de comprender mi idea, porque me envió una carta concebida en estos términos. «Ahí tiene usted lo necesario para viajar dos años por Italia; algun dia se disputarán sus cuadros. Yo que pienso especular, pago adelantados los dos primeros. Valor, Leopoldo! Este nombre lleva la felicidad en pintura. Usted parte pobre y desconocido como Leopoldo Robert... Usted volverá como él.» Ah! ella tenia razon en citármelo. Yo no tengo su genio, pero alimento en mi alma, como él, una de esas pasiones que no se curan jamás; como él, se eleva mi corazon á un amor insensato, que le hizo esclamar: «La gloria lo espia todo.» Con estas ilusiones, radiante de esperanza, y despues de haber trabajado con éxito, vuelvo á Paris; cuando, oh desesperacion!... tanta juventud, tanta belleza! ah esto es horrible!

Bar. Sin duda; en 1833, esa plaga que nada respeta, y en pocas horas, sin haber tenido lugar para escribirnos, pues todos sus parientes estaban fuera de Paris... ni aun su marido, que entonces cazaba en sus tierras.

Leo. Su marido! su marido! ah! para mi venganza, él debia morir despues!

Bar. O antes... mucho antes de su mujer, por ejemplo; para dejarla libre y feliz. Pero hay gentes que nada saben hacer á propósito. Y sabia la marquesa hasta qué punto la amaba Vd.?

Leo. Ella no lo dudaba; pero jamás osé decirle una palabra, ni á persona alguna. Y si hoy hago á V. semejante revelacion, es porque ya no existe, y hablar de ella es la sola felicidad que me resta; nada tengo ya, ni aun su imágen. Ay! cuando voy á trazar de memoria sobre el lienzo sus facciones... su sombra escapa fugitiva, y no puedo retenerla; su imágen, que yo pido á toda la naturaleza, no existe sino en mi corazon.

Bar. Pobre jóven! Y si yo le diera á V. el placer de verla?

Leo. Usted! cómo!

Bar. Y no en pintura.

Leo. Usted quiere reirse de mí!

Bar. Nada de eso. Yo estoy aqui hace dos dias, y ayer por la mañana he visto una muchacha del pueblo, llamada Magdalena, una aldeanita, cuya semejanza con la marquesa es admirable.

Leo. Imposible!

Bar. No digo precisamente que sea ella misma...

pero tiene su aire, su figura... en fin, es tanta su analogia, que me petrifico y me pasmo siempre que la veo, que han sido ya tres veces.

LEO. Y cómo esplicar ese fenómeno?.. Ese accidente de la casualidad?

BAR. Yo lo esplico de un modo muy natural, y sin ser un sabio: yo no soy de la Academia de las ciencias, á Dios gracias; pero recuerdo que el vizconde de Auray, padre de la marquesa, hizo en 1815 la guerra de la Vendée, y que habitó este pais por espacio de tres meses. El vizconde, realista puro, y caballero galante, amaria á las mujeres, sobre todo cuando estas fuesen jóvenes y bonitas; y es fama de que la madre de Magdalena, reunia estas dos cualidades... de lo que se deduce, que Magdalena y la marquesa pudieron ser parientas muy cercanas.

LEO. Lo comprendo perfectamente, y esta idea me causa una emocion, imposible de esplicar. En dónde está Magdalena? Pudiera yo verla?

BAR. Aqui mismo, pues ella trae todas las mañanas la leche para el consumo de la casa... Calla... me parece... (*mirando al fondo*)

LEO. (*poniendo la mano sobre el corazon.*) Oh Dios mio!

ESCENA II.

MAGDALENA, *con un jarro de leche en la mano y otro en la cabeza*; BARON, LEOPOLDO.

LEO. (*viendo á Magdalena.*) Ah! si casi se confunde con ella!.. Su misma espresion! sus mismos ojos! Me parece que la estoy viendo! (*se acerca á ella estudiadamente; pero retrocede al instante.*) No, es imposible... sus restos yacen en la tumba!

MAG. (*poniendo los jarros en el suelo y haciéndole una reverencia.*) En qué puedo servir á V., caballero?

LEO. (Ninguna sorpresa, ninguna emocion á mi vista, cuando yo apenas puedo sostenerme!)

BAR. (*acariciando á Magdalena.*) Y bien, Magdalena, es esta la leche que me traes?

MAG. Quite V. allá esas manos... que con ellas me ha hecho V. un desavio!

LEO. (*sentándose.*) (Ah! si no es ella, cómo es que la he oido hablar?)

BAR. Que yo te he hecho un desavio? Muchacha, qué estas diciendo?

MAG. Usted, y que me costará el dinero; pues ayer, mientras bromeaba V. conmigo, me equivoqué en dos ó tres medidas de leche.

BAR. (*riendo.*) Si, eh?

MAG. Sin contar la que derramé á causa de sus moines. Pues, y luego tendré que pagarla yo.

BAR. No la pagues, y asunto concluido.

MAG. Al instante; la pagaré y tres mas; que asi me lo ha dicho mi tia, sin hacerse cargo de que V. ha tenido la culpa.

BAR. Ea, vamos á ver, cuánto necesitas?

MAG. Con dos pesos que V. me dé, es bastante, y siempre le estaré agradecida.

BAR. Dos pesos! La niña no es tonta que digamos; mujer, pues si con dos pesos hay para comprar toda la leche de Bretaña!

MAG. Ya se vé, pero cuando es un gran señor el que tiene que pagar, debe ser mas cara la mercancia.

BAR. Con que es decir que hay una tarifa? Corriente; pero ha de ser con una condicion.

MAG. No admito condiciones: los dos pesos.

BAR. (*queriéndole coger una mano.*) Con la condicion de que me escucharás, y serás menos agreste. Qué diablo, te sacaré de ese conflicto...

MAG. Nada escucho; los dos pesos, que me hacen falta.

LEO. (*levantándose precipitadamente.*) Ahi están los dos pesos, y cállate, cállate.

MAG. Pero esto le hará á V. falta, caballero.

LEO. Nada necesito, sino tu silencio... cállate y no hables mas. (*sale precipitadamente de la escena.*)

ESCENA III.

MAGDALENA, *el* BARON.

BAR. Y se vá! (*mirando salir á Leopoldo.*)

MAG. Qué tiene ese jóven? Le causo yo miedo?

BAR. Al contrario, tú le causas grandes emociones.

MAG. Yo! por qué?

BAR. Porque te pareces exactamente á una gran señora... á una marquesa, de la cual está enamorado.

MAG. Vaya una locura!

BAR. Dices bien, es una locura. Ha querido á esa dama, y en su vida se ha atrevido á decirla una palabra.

MAG. Y por qué no se lo dice ahora?

BAR. Toma, porque se ha muerto.

MAG. Ay Dios mio, con que yo me parezco á una muerta?

BAR. Estaba muy viva la que él adoraba; y es tanto mayor su absurdo, cuanto que ya no existen esos amores eternos, de que hablan las historias. Y cuando las personas se mueren... en paz descansen; se piensa en otras.

MAG. Pobre jóven!

BAR. Que quieres tú, es un pintor, un artista; oh! los artistas no son como nosotros; tienen la cabeza exaltada... tienen imaginacion...

MAG. Y V. no la tiene?

BAR. Yo soy banquero... es decir, razonable.

MAG. Y esa gran señora, quién era?

BAR. Qué curiosidad! Para qué te interesa á ti eso?

MAG. Pero, dígame V., esa que se parecia á mi... era bonita?

BAR. Y tanto!... como que se parecia á ti! (*con ridícula galanteria.*)

MAG. Vamos, ya comprendo; ese es un cumplimiento que V. me hace.

BAR. (*ap.*) Ella será tonta, pero sabe contestar como la primera. (*alto.*) Esta es una buena cualidad sobre las otras; porque tú tienes muchas. Eres hermosa, y seria un dolor que esta hermosura se perdiese aqui, en la Bretaña.

MAG. Qué quiere V. decir? Yo no comprendo.

BAR. (*aparte.*) Tanto mejor! Esa es buena señal. Y alli, en Paris, vestida elegantemente, me hará honor... Es verdad que mi mujer, la señora baronesa... es un obstáculo; pero ya se encontrará un medio!... (*á Magdalena.*) En dónde vive tu tia?

MAG. A la entrada del Parque, en la casa del guarda; es la madre de Pedro Manclec... su guarda-bosque.

Bar. Sí, un imbécil.
Mag. No señor; es mi primo.
Bar. No le hace. (*ap.*) Tiene el aire de familia.
Mag. Es mi primo, y aunque es un bribon, un salvaje, un truan odiado de todo el mundo...
Bar. Pues entonces...
Mag. Ya vé V., pero es mi primo, y no debo publicar sus faltas.
Bar. Dices bien; tú debes callarlas á todos, como me las has callado á mí. Pero me parece que él viene.

ESCENA IV.

Dichos, Pedro.

Ped. (*entrando por el fondo y hablando hácia fuera.*) Ola! tú la echas de buche? Tú no quieres dar nada? Pues serás incluido en mi proceso verbal.
Bar. Qué es eso, Pedro?
Ped. (*viéndolo.*) Dios mio! el señor baron! (*alto.*) Nada, señor; es un delincuente de los muchos que por aqui andan; ellos van á robar á la hacienda de V., y como soy defensor tan firme de sus intereses, incluyo en el proceso verbal á todos los que...
Bar. No te dan para beber.
Ped. (*mirando á Magdalena.*) Quién ha dicho eso? Algun envidioso, alguna mala lengua. La prueba de que yo no esceptuo á nadie, ni aun á mi familia, es que ayer he denunciado á mi prima Magdalena, aqui presente, por haber dejado entrar su ganado en las tierras de mi amo; cuya multa, inclusos mis honorarios, ascienden á tres pesos.
Mag. A mí?
Ped. A ti, delincuente!
Mag. Injurias todavia despues de los tres pesos; Dios mio! cuando podré yo pagar todo eso! (*llorando.*)
Bar. Vamos, no te apures; es un asunto grave, muy grave; pero ya se verá el modo de arreglarlo.
Ped. Pues... siempre ha de tener quien la proteja.
Bar. Denunciar á tu prima! Tú eres un funcionario muy íntegro.
Ped. El aldeano breton es asi. Cuando se empeña en una cosa... y yo que me he aferrado en el honor... y en la probidad. Y mucho mas contra esa muchacha á quien odio de muerte.
Mag. Y por qué, mal corazon?
Bar. Di, por qué?
Ped. Que necesidad tenia ella de abandonar á nuestros parientes que están allá, no sé dónde; es un nombre revesado que nunca puedo decir; para venirse aqui, con nosotros, en casa de mi madre? Antes yo era el niño mimado, y desde que ha venido ella, todas las preferencias son suyas. Cuando llego á casa no hay nada asado, es preciso que yo lo guise, que me lo coma yo mismo, y en fin, que lo haga yo todo.
Mag. Vaya una gracia! Y no sabes que yo estoy fuera con el ganado?
Ped. A mi es á quien se debe atender, que estoy tan cansado y tan roto... Cuando veo los lacayos de V. S. tan bien vestidos, tan bien alimentados y sin tener nada que hacer, digo para mi: he aqui un noble ejercicio, y se me vienen á la cabeza, á mí, simple aldeano, ideas de grandeza y ambicion, que me ponen de mal humor, y me quitan el sueño.
Bar. Con que, realmente, tú aspiras..?
Ped. A ser lacayo... esta es mi ambicion, mi pesadilla.
Bar. Trocar por una librea tu independencia!
Ped. Al contrario, si es por ser independiente! Cuando se sirve á si propio, se muere de hambre; cuando se sirve á los otros, como decia esta mañana el ayuda de cámara de V. S. se les adula, y es uno el amo.
Bar. (Ola! Bueno es saberlo!)
Ped. Y si V. S. quisiera llevarme allá, á París, cuando se vuelva, y darme una plaza... *independiente*... á su servicio.
Bar. Comprendo... no es cosa imposible; por otra parte, (*mirando á Magdalena.*) ya arreglaremos esto... en familia. Vuélveme á hablar, sin embargo, cuando yo haya reflexionado. (*á Magdalena que ha tomado un pote de leche.*) A dónde vas tú?
Mag. A llevar la leche á la cocina, señor.
Bar. Y el resto?
Mag. Es para hacer otra cosa... mi tia tiene que venir á ayudarme.
Ped. Eso es, y durante ese tiempo mi almuerzo se hará solo.
Bar. Y quién te impide ir á almorzar á la cocina?
Ped. A la cocina! Entre los lacayos de V. S.! Cuánto honor! entre esa gente que viste casaca de general... guante blanco, y sobre todo, entre esa gente que come tan bien; vamos, yo me voy á volver loco. Señor, con el permiso de V. S. Adios, Magdalena, á pesar de todo, te honro aun llamándote mi prima. (*se vá por el fondo.*)
Mag. Pobre hombre! (*yéndose por el fondo.*)

ESCENA V.

Leopoldo, *que entra un momento despues, el* Baron.

Bar. (*reflexionando.*) Si, esta es una combinacion... combinacion tanto mas ingeniosa, cuanto que no seré yo, sino mi mujer misma, quien la hará ir cerca de ella (*viendo á Leopoldo que entra distraido.*) Ah! es nuestro novelesco enamorado! Siempre entre las sombras y tinieblas! (*alto.*) Y bien, desdichado jóven...
Leo. (*saliendo de su distraccion.*) Ah! yo soy ahora mas desdichado que antes, y esa fatal semejanza, lejos de consolar mi dolor, no hace sino irritarle todavia... Aquellas son sus facciones, su imágen. Imágen viva, que nada dice á mi corazon! Retrato exacto, y por lo mismo infiel; pues yo no encuentro ni su espresion, ni su pensamiento, ni su alma. Es la ausencia personificada, ó mas bien dicho, es un mármol, una estátua.
Bar. Corriente; pero una estátua bellísima!
Leo. Y qué importan las formas? Lo esencial es el sentimiento, el fuego que la anima.
Bar. Como V. quiera; pero yo me atengo á las formas. Y V. mismo, á pesar de todo eso, ha de caer.
Leo. Yo?
Bar. Usted, si.
Leo. Yo olvidar á la marquesa! Yo compararla á

otra muger, ó abrigar en este mundo un solo pensamiento que no sea para ella! No; yo la amaré hasta cuando no pueda mas; os lo repito, la vista de esa muchacha me es dolorosa, y me hace horrible mal.

BAR. Tanto peor; porque sobre eso justamente tenia yo un favor que pedirle.

LEO. Un favor?

BAR. Para mi y para la señora baronesa.

LEO. Hable V.

BAR. Mi mujer, no tiene el retrato de la marquesa, á quien llora, y de quien era pariente; este retrato, en Paris, en frente del suyo, seria de mucho efecto... Y pocos dias serian suficientes.

LEO. (*vivamente.*) Tiene V. razon; es el solo medio de que la poseamos.

BAR. Vamos, venga V.

LEO. Pero ella viene... ah! (*en este momento entra Magdalena por la izquierda. Los dos se colocan en el fondo del teatro. Magdalena trae una porcelana para batir la leche.*)

BAR. Cómo tiembla V.!

LEO. Si, esta vista me causa una emocion, que no puedo dominar. Qué viene á hacer aqui ahora Magdalena?

BAR. A batir la leche para hacer manteca.

LEO. Oh! calle V.!

BAR. Comprendo; eso no es ni poético ni sentimental; pero en fin...(*reparando su vestido.*) yo voy á vestirme; le trato sin cumplimiento; con que hasta luego, amigo, hasta luego.

ESCENA VI.

MAGDALENA *sentada en el proscenio con los jarros de leche*; LEOPOLDO, *que despues de contemplarla algunos instantes, se sienta junto á ella.*

MAG. Cómo? Es V.?

LEO. Si, Magdalena.

MAG. Me habian dicho que le hacia á V. daño mi presencia.

LEO. Te lo han dicho... pues bien, lo confieso; la primera vez me causó una sensacion terrible y dolorosa.

MAG. Ah! la sangre se me hiela, me horrorizo con eso que V. dice.

LEO. (*despues de haberla mirado con éstasis y fuera sí.*) Luisa! Luisa!

MAG. Ese no es mi nombre, caballero.

LEO. Si, ya lo sé; pero mientras mas te miro, mas me parece que eres ella. (*se aparta tembloroso y espantado.*) Y por qué en medio de mi amargura, he de renunciar el momento de ilusion y embriaguez que me proporciona la casualidad, ó tal vez el cielo? A los que abruma hondo pesar, manda Dios sueños consoladores; al pobre dá la riqueza; al sentenciado vuelve su gracia; á la madre infeliz que ha perdido à su hijo, le torna sus caricias en otro mas querido todavia; y en fin, á mi me dá lo que amo, y soy mas feliz que todos esos, pues que yo no duermo, no; yo estoy despierto... es ella la que miro! Y lo que el respeto me impedia decirle cuando existia, ordena Dios que diga á su sombra, á su imágen.) (*corriendo hácia Magdalena con exaltacion.*) Luisa! tú sabias cuanto yo te amaba! Luisa, mi solo bien, tú á quien llamo con lágrimas en los ojos, y á quien adoro con todo el fuego de mi corazon... Pero que veo! Estas llorando?

MAG. Vaya! de ver á V. en ese estado.

LEO. Y tu pecho late! tu mano tiembla!

MAG. Es que V. me dice unas cosas... que no debe oir una muchacha como yo...

LEO. Perdona mi locura, mi delirio, y olvídate de las cosas que he dicho; no iban dirigidas á tí...

MAG. Ya, pero cuando V. se acerca junto á mi y coje mi mano entre las suyas, es muy dificil el convencerse de que son las manos de otra, y no las mias, las que coje.

LEO. (*mirándola admirado.*) Calla; conque esto te ha llamado la atencion? Este mármol encierra alguna vida!

MAG. Yo no comprendo nada de lo que V. dice, y no es estraño; nosotras, las aldeanas de Bretaña, no sabemos sino lo que nos enseñan, y desgraciadamente no se nos enseña nada.

LEO. (Tiene razon; no es culpa suya. Y yo que la injuriaba antes, en vez de compadecerla y ayudarla! Por qué no desarrollar y desenvolver su inteligencia? Entonces será la misma Luisa, y no su imágen! Oh! si, Luisa es quien me inspira tal designio! Y si lo llevo adelante, será obra, creacion mia!) (*vivamente á Magdalena.*) Magdalena, yo nunca te abandonaré.

MAG. Cómo, caballero, y mi tia?

LEO. Eso no le hace. Es un amigo el que vela por ti y te protege. Yo trabajaré, yo haré cuadros para ganar una dote; esto hizo Luisa por mi, yo haré por su imágen, tu fortuna y tu felicidad.

MAG. Ah! Caballero, que he hecho yo para tantas bondades?

LEO. Parecerte á ella; eso basta. (*cojiéndole la mano.*) Vamos, háblame francamente... tienes algun amante?

MAG. (*bajando los ojos.*) Es fuerza decirlo?

LEO. Indudablemente.

MAG. Pues bien, todavia no!

LEO. A tu edad?

MAG. Toma! este pais está muy atrasado! Sin embargo, cuando V. aprieta mi mano... quiero decir, la suya...

LEO. Adelante.

MAG. Siento en mi alma una sensacion desconocida, y queda pendiente de las palabras celestiales que escucha; oh! no me parece imposible esperimentar yo misma, eso que siente V. por la mujer que llora.

LEO. (*admirado.*) Y cuándo estas ideas te ocurren... no piensas en alguno?...

MAG. (*suspirando.*) Vaya!

LEO. En alguno de aqui?

MAG. Si... en uno de aqui.

LEO. Pues bien, si es un joven honrado y laborioso, si merece tu amor, es preciso que te cases al instante: dime su nombre.

MAG. Ah! no.

LEO. Por qué?

MAG. En primer lugar, porque yo no sé lo que pasa en su corazon. Puede muy bien engañarse... á mas, yo creo que no me quiere.

LEO. Imposible. Eres tan bella, y tan pura! Vamos, Magdalena, dímelo á mi, á tu amigo!

UNA VOZ. (*dentro.*) Magdalena, Magdalena.

MAG. Es mi tia que me llama.

Leo. (*con impaciencia.*) Y no viene muy á propósito.

Mag. Las tias siempre vienen asi; mas ella me reñiria si la hiciese esperar.

Voz. Magdalena, ven acá.

Leo. Me dirás su nombre mas tarde?

Mag. Si señor .. mas tarde... puede ser. Adios, caballero.

Leo. Adios, Magdalena, adios.

ESCENA VII.

Leopoldo, *siguiéndola con la vista.*

Si, pobre muchacha, yo me encargo de tu felicidad; en mi es un deber ahora, pues lo he prometido á Luisa. Y quien sabe si, como dice el baron, será hermana suya? Ah! Cuando yo sepa quién es el que su cándido corazon prefiere... entonces haré estos cuadros, (*abriendo el album.*) cuyos proyectos tengo aqui. (*se sienta y se pone á diseñar.*) Mas, quién viene?

ESCENA VIII.

El Baron, Pedro *por el fondo*, Leopoldo, *diseñando.*

Bar. (*con papeles en la mano y hablando á Pedro.*) Y yo te digo que estoy seguro, y que te respondo de ello.

Ped. Qué!

Bar. Te repito que ella te quiere.

Ped. Quién, mi prima Magdalena.

Leo. (*ap. y levantándose vivamente.*) Cielos! Seria él!

Bar. (*á Leopoldo.*) Esta usted trabajando? Pues no se distraiga usted; tratamos de un asunto que le interesará bien poco.

Leo. Ciertamente. (Oh mi querida Magdalena, y tendrás un marido como ese?) (*se sienta y finge que no les escucha.*)

Ped. Aunque mirándolo despacio, puede ser que tenga V. S. razon, porque ahora me acuerdo de ciertas cosas. Ella llora con mucha frecuencia, sobre todo desde que yo cortejo á la Mariana... la hija del...

Bar. Ves tú? Y hoy, cuando la insultaste delante de mi, lejos de quejarse la pobrecilla, empezó á defenderte.

Ped. Quién sabe, puede ser muy probable, pues aunque yo no la quiero, no seria la primera del pueblo que se ha enamorado de mi!

Leo. (Vaya un fátuo!)

Ped. Pero en fin, aunque eso sea, qué tenemos que ver conque me quiera ó no?

Bar. A eso voy; tú no deseabas entrar en mi servicio como lacayo?

Ped. Ya lo deseo, y mucho mas desde que he entrado en la cocina.

Bar. Pues para entrar en mi casa, que soy un hombre de orden, un hombre casado, es indispensable que dejes de ser soltero.

Ped. Me alegro en el alma; asi como asi, yo he pedido hoy en casamiento á la Mariana, la hija del hortelano, que tiene cien y mas escudos de dote.

Bar. Está bien, pero á mi no me conviene esa Mariana; es floja, y sobre todo rubia... á mi no me gustan las rubias.

Ped. Ni á mi tampoco; pero tiene cien escudos.

Bar. Ademas, su caracter es malo...

Ped. Si, pero tiene cien escudos.

Bar. Y como tu muger ha de ir contigo á Paris, y á mi casa, donde todo es elegante y distinguido, quiero que sea... He aqui por qué me decido por Magdalena; conque mira si te conviene ó no; en la inteligencia de que si no te casas con ella, tienes que renunciar á la dignidad de lacayo.

Ped. (*paseándose por delante de Leopoldo.*) Esto merece reflexionarse, porque en fin, Magdalena no es mala, me quiere, y es una pobre muchacha: no es rubia, es verdad, pero tiene el pelo negro, que para el caso es lo mismo.

Leo. (*bajo á Pedro.*) Si te casas con la Mariana, te prometo quinientos francos.

Ped. Al contado?

Leo. (*sacando un billete y dándoselo.*) Aqui están.

Ped. Ya eso es otra cosa. (*frotándose la oreja, y yendo junto al Baron, que durante este tiempo habrá ojeado los papeles.*) Escuche pues, V. S.

Bar. Vamos, despacha pronto, porque los electores del pais me esperan en el comedor; te has decidido ya?

Ped. Ya; porque nosotros los aldeanos de Bretaña, no tenemos mas que nuestra palabra.

Bar. (*interrumpiéndole.*) Bien, ya sé que no teneis nada.

Ped. Y por lo tanto, mi palabra está empeñada para casarme con la Mariana, á quien su padre dá cien escudos, y quinientos francos otra persona que se interesa en su felicidad.

Leo. Ahora estoy tranquilo. (*se sienta á diseñar.*)

Ped. Esta es una buena suma, mucho mas cuando media la palabra.

Bar. Y Magdalena? (*con enfado.*)

Ped. Magdalena no tiene nada.

Bar. Y la plaza de lacayo?

Ped. Esa no es de ella.

Bar. (*en voz baja, y agarrándole por la mano.*) Pues acabemos, porque estoy de prisa; si te casas con ella, te doy mil francos de dote.

Ped. Jesus!

Bar. Pero si no es tu muger Magdalena, ni empleo, ni dote... Voy en busca de mis electores. (*viendo entrar á Magdalena.*) Ahi la tienes, haz tu declaracion, y que todo quede concluido esta noche. (*vase por el fondo.*)

ESCENA IX.

Magdalena, Leopoldo, Pedro.

Leo. (*ap. y diseñando.*) Al menos, la salvaré, á pesar del baron, y de ella misma, de un hombre que no merece su cariño y que la haria desgraciada.

Ped. Era á mi, á quien tu buscabas, prima?

Mag. (*dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.*) No, Pedro, voy al cuarto de la señora Leonarda, la ama de llaves, que me ha mandado llamar.

Ped. (*tirándole del brazo.*) Al instante; tu estas como avergonzada, y yo sé lo que esto quiere decir, y voy derecho al asunto; porque nosotros los aldeanos, ignoramos esos rodeos y cumplimientos que se usan por las ciudades; franqueza ante todo. Yo sé, Magdalena, que hace tiempo sufres en silencio, y tienes algun pesar; pues bien, está tranquila, que yo tambien te amo.

MAG. Qué dice usted? (*admirada.*)

PED. Y la prueba es, que vengo á pedirte en casamiento.

LEO. (*que se levanta indignado.*) Cómo! Cuando usted me habia ofrecido casarse con la Mariana, y cuando con ese objeto ha recibido...

PED. Quinientos francos; ahi los tiene usted, yo se los devuelvo; porque el aldeano es honrado, primero que todo. Yo no quiero sino á mi Magdalenita, y le ofrezco mi persona, mil francos, y una plaza de lacayo.

MAG. A quien, á mi?

PED. No.. quiero decir, que serás la muger de un lacayo.

LEO. Todos esos ofrecimientos son falsos, Magdalena.

PED. Son verdaderos; porque el señor Baron me lo ha prometido, y es mas rico y mas generoso que usted, que no me ofrece sino la mitad; él desea que este casamiento se haga.

MAG. Y, yo por mi parte, ni lo deseo, ni lo quiero, ni querré jamás.

PED. Como! Tu rehusas mil francos? Una fortuna tan grande!

MAG. Con los mil francos es con quien tú quieres casarte. El Baron, á lo que veo, es quien paga el casamiento; puedes tomar si gustas su dinero, yo no vendo mi amor.

PED. Qué, tú no vendes tu amor?

MAG. Ni lo venderé nunca.

LEO. (*con entusiasmo.*) Magdalena, tienes en tu corazon sentimientos nobles... bien, muy bien. (*dándole la mano.*)

PED. Y yo digo mal, muy mal; porque ella no puede arrebatarme asi, de ese modo, una buena plaza, y un caudal; aunque al fin y al cabo, tendrá que condescender.

MAG. Te digo que no.

PED. Y porqué?

MAG. Porque no te quiero.

PED. (*encogiéndose de hombros.*) Mucho!

MAG. Y porque no me gustas.

PED. Nadie que oiga eso lo cree. Diga usted mas bien, que hay otros que le gustan mas; algun recien venido, algun estrangero. . el señor... (*señalando á Leopoldo.*)

MAG. Por ejemplo.

LEO. Yo, á quien ella ha visto hoy por la vez primera.

PED. Se equivoca usted.

MAG. Quieres callarte?

PED. Ayer, mientras usted estaba pintando sobre una roca; ella lo miraba sin pestañear, con un temblor y una...

MAG. Eso es mentira.

PED. Y cuando yo le pregunté qué hacia alli; se puso encarnada, y no me dijo una palabra.

MAG. No es cierto, yo llegaba entonces.

PED. Ya hacia mucho tiempo que estaba alli, habiendo abandonado las vacas, que se habian ido á un cuarto de legua, á las tierras del señor Baron, por lo cual le formé proceso verbal.

MAG. Te digo que no es verdad.

PED. Tú puedes decir lo que quieras; pero si no te casas conmigo, publico tu causa.

MAG. Al instante.

PED. Vista y legalizada por las autoridades locales.

LEO. Como, miserable, y te atreverias?

PED. Y pierde la reputacion en el pueblo.

MAG. Pero escucha...

PED. Es inutil cuanto hables.

MAG. Eres un imbécil.

PED. Ese no es un obstáculo para ser tu marido.

MAG. Pues bien, yo no temo ni tu imbecilidad, ni tu cólera; desde ahora te digo, que no pienses en tal desatino.

LEO. Si, ese es un desatino; yo te aseguro que serán vanos todos tus esfuerzos, y que no te casarás con ella.

PED. Conque es empeño de usted, caballerito? Pues allá veremos quien se lleva el gato al agua. Ella ha de ser mi muger, ó cuando menos yo he de ser su marido. (*vase.*)

ESCENA X.

MAGDALENA, LEOPOLDO.

MAG. (*sentada á la derecha, y llorando.*) Ah! Dios mio! Dios mio! Qué es esto que me pasa!

LEO. Serénate, Magdalena; ninguno creerá eso.

MAG. Pero usted lo creerá, usted dará crédito á esas cosas, y se figurará...

LEO. Yo! Nada absolutamente.

MAG. No tal; usted creerá con efecto, que ayer le estuve mirando atentamente...

LEO. Y no es verdad?

MAG. Si, pero fué simplemente y sin intencion. Yo estaba admirada de ver tirar lineas, resistiendo la fuerza del sol, á un caballero tan elegante, y que no era de nuestro pais; tanto, que me dije yo misma; acaso será el injeniero del departamento; esto fué lo que pasó, y nada mas, esté usted seguro.

LEO. Eso es muy natural, y yo te creo.

MAG. Vaya, seria preciso mucha tonteria para pensar en uno que no se cuida de mi, que me mira sin verme, y que me dice: «te amo,» pensando en otra muger; porque es otra muger la que usted ama...

LEO. Si, una que ya no existe, que he perdido para siempre.

MAG. Tanto peor! La belleza muere ó se envejece; un recuerdo es siempre jóven.

LEO. Qué dices, muger? Ese es un gran pensamiento, que jamás hubiera creido escuchar en tí!

MAG. Qué quiere usted? Yo se lo he dicho, asi como me ha ocurrido.

LEO. Pues es muy bella ocurrencia, y me hace creer que no solo eres hermosa, sino discreta tambien.

MAG. De veras? Puede ser que gane eso con su conversacion.

LEO. Algunos meses de estudio, te darian otra forma, otra existencia. Oh! entonces serias tan perfecta, tan seductora, tan irresistible...

MAG. Como la marquesa?

LEO. (*embarazado.*) O quizás mas.

MAG. (*con sentimiento.*) Ah! su hermosura es la que yo deseára; pero esto es imposible á las que han nacido entre estos peñascos .. Conque era tan hermosa?

LEO. Encantadora, adorable!

MAG Y dice usted que yo me parecia á ella? Usted ha mentido, caballero.

LEO. (*mirándola.*) No, ella tenia lo que tú no tienes; distincion, elegancia; pero tú la escedes

en candidez y naturalidad... en cuanto á sus ojos, eran...

Mag. Mas bonitos?

Leo. Puede ser; pero respiraban orgullo, ó mas bien indiferencia; mientras que los tuyos tienen tal espresion de reconocimiento, de amistad, de ternura...

Mag. De veras?

Leo. Y sobre todo, lo diré de una vez; tú, Magdalena, nada posees; y la marquesa tenia un nombre, una cuna elevada, una inmensa fortuna.

Mag. (*meneando la cabeza.*) Lo cual era una gran ventaja para ella...

Leo. (*vivamente.*) No para ti; porque cuando se ama á una muger rica, puede sospecharse que se ama á su riqueza. Asi es que yo, en su aristocrático salon, permanecia en un estremo, triste y reservado; yo la adoraba desde lejos, y jamás osé decirla, «yo os amo.»

Mag. (*con alegria.*) Jamás, caballero?

Leo. Jamás! En tanto que á tu lado, no me ha costado ningun trabajo el decirlo.

Mag. Va, pero no me lo decia usted á mi.

Leo. En parte al menos; porque mi único voto, Magdalena, el voto de un amigo, es verte feliz, y encontrar un hombre que te merezca.

Mag. Yo lo agradezco; pero es inutil.

Leo. Por qué?

Mag. Porque quiero permanecer en este estado.

Leo. Sin casarte?

Mag. Nunca; lo he decidido.

Leo. Y por qué razon?

Mag. Cada cual tiene la suya, y yo le suplico que no me la pregunte; pero... y usted?...

Leo. Yo! Gran Dios! Y puedes pensarlo? Fiel á la que adoro, nada me la hará olvidar, y menos ahora, que tengo cerca de mi su recuerdo, recuerdo vivo, que parece renacer en ti, para que reunas los dos sentimientos mas dulces de la vida; el amor y la amistad; por consiguiente, Magdalena, de aqui en adelante, tu presencia me es necesaria; es preciso que mis dias corran á tu lado, yo no podria pasar sin verte un solo instante.

Mag. Yo tambien lo deseo, caballero; pero me parece que eso es imposible.

Leo. Qué quieres decir?

Mag. Que esto para usted es una ficcion, un engaño que distrae sus dolores; pero para mi, pobre muchacha, no acostumbrada á los amores, la ficcion puede parecerme realidad, y serme dificil distinguir una cosa de otra... Ay! Dios quiera que esto no me haya sucedido ya...

Leo. Cielos! qué dices?

Mag. Asi, caballero, si usted tiene alguna amistad á la pobre Magdalena, voy á pedirle un favor.

Leo. Cuál?

Mag. No me lo negará usted?

Leo. Oh! no, yo te lo juro, cualquiera que sea.

Mag. En nombre de la marquesa... por ella!

Leo. Por ella... y por tí.

Mag. Pues bien, caballero, consiste en que abandone usted este pais, en que parta ahora mismo, y no me vuelva á ver.

Leo. Como, Magdalena; renunciar á mi felicidad!

Mag. Yo vuestra felicidad? Si no soy mas que la imájen?

Leo. Y qué importa, si ella me vuelve á la vida, si ella me consuela, y es mi único, mi apetecido bien?

Mag. Y si eso me hiciese mal!.. Yo no sé lo que siento... aqui! (*señalando la cabeza.*) Y aqui! (*señalando al corazon.*) Ah! bien conozco que si usted permanece mas tiempo en estos sitios, me espera alguna desgracia.

Leo. Lo crees asi?

Mag. Oh! lo juro! Una infeliz muchacha se lo suplica á usted, que considera su protector en el mundo, á usted que puede salvarla de un gran peligro!

Leo. Pues bien, aunque lleve el corazon partido abandonaré para siempre tus campiñas; pero antes, Magdalena, permíteme que te abrace será el abrazo de la despedida. (*Magdalena huye.*) Cómo, tú me le niegas?

Mag. No, este abrazo es el de un hermano, el de un amigo! (*se abrazan.*)

ESCENA XI.

Pedro, el Baron, Magdalena, Leopoldo.

Ped. Cómo! qué es lo que veo! (*Magdalena huye por la puerta de la derecha, cerrándola tras sí.*)

Bar. Què tienes, hombre? (*entrando en este momento.*)

Ped. Magdalena, mi prometida, la que usted quiere forzosamente que sea mi muger, mediante los mil francos...

Bar. (*con impaciencia.*) Y bien?

Ped. Estaba abrazando á este caballero.

Bar. (*con cólera.*) A quién? A Leopoldo?

Ped. A él mismo, yo lo he visto.

Bar. (*bajo á Pedro*) Vamos, cállate, yo te daré mil quinientos.

Ped. Bueno, bueno; figúrome que no he visto nada.

Bar. Adios, mi querido amigo, dulce Abelardo desdichado y fúnebre amante que debe llorar eternamente la pérdida de su pastora... me parece que las de estos lugares le han consolado bien pronto, y que se permite cosas...

Leo. Escuse usted suposiciones que en nada pueden entenderse conmigo, y que no llevan objeto; no niego la emocion que á la vista de Magdalena esperimento, puesto que usted mismo conoce la causa; pero cualquiera que fuese el sentimiento que ella me inspira, yo no puedo permanecer un dia siquiera en este pais, y decidido á partir, me despedia de ella, y la abrazaba con su permiso.

Ped. Ah! Vamos, si se despedia, es otra cosa, porque las despedidas son circunstancias...

Bar. Atenuantes, lo ves tú?

Ped. Perdone usted entonces, caballero.

Bar. Si, amigo mio, perdone V. que háyamos tenido ideas... que háyamos supuesto intenciones... esto le sucede á cualquiera.

Leo. Yo no tengo otras que las de continuar mi camino.

Bar. Hoy?

Leo. Al instante.

Bar. Nada de eso; V. me ha ofrecido, por mi, por la baronesa que debe llegar mañana ó pasado, hacernos el retrato de la marquesa, y ya ve V. que no hay mejor ocasion...

Leo. Con todo, ese proyecto que me encantó es

mañana, y que aun me deleita... me encuentro poco dispuesto á llevar á cabo...

Bar. Todo es empezar, hombre.

Leo. Ademas, yo no tengo aqui nada de lo que me hace falta, nada para pintar; he dejado la paleta y los pinceles en la posada del Sol, en donde estoy parando.

Bar. Cuyo amo es el padre de la Mariana... ya se os traerá; Pedro, esta comision te pertenece, no tardes mucho.

Ped. (La paleta y los pinceles! Señor, que irá á hacer este hombre.) Vuelvo al momento, (*al Baron.*)

ESCENA XII.

El Baron, Leopoldo.

Bar. Y V. se marchará despues, si en ello se empeña, que yo por mi parte no trataré de contrariar su gusto; pero me seria muy sensible que fuesen inútiles los vestidos de gala.

Leo. Los vestidos de gala? No entiendo...

Bar. Es que tengo una idea.

Leo. Ah!

Bar. No lo estrañe V., en Bretaña no hay mas que hacer, sino tener ideas; ya se me han ocurrido hoy dos ó tres, relativas al retrato, y he dado mis órdenes á Leonarda, mi antigua ama de llaves, para que escoja lo mas bello y elegante entre los vestidos de la baronesa, mi muger, con objeto de que Magdalena se disfrace de gran señora; de este modo, y mediante tan magnifica idea, la semejanza con la marquesa será irresistible, completa!

Leo. (*vivamente.*) De veras!

Bar. Para que sirva á V. de modelo.

Leo. Si, si, comprendo.

Bar. Ah! la idea os place; pues es mia, caballero, sépalo V., enteramente mia. Pero ya se le sube la sangre á la cabeza, en cuanto se habla de la difunta .. con que, es decir, que no rehusa usted?

Leo. (*meditando.*) Pero cómo, bajo que aspecto?

Bar. (*como inspirado.*) Espere V... con una corona de flores.

Leo. (*sin escucharlo y sumergido en sus pensamientos.*) Si, siempre fueron sus delicias.

Bar. Vamos, ya está visto, mi pensamiento merece vuestra aprobacion; no hay duda, es poético, y nuevo. Voy, pues, en este momento, á devastar mi jardin. Qué cuadro vamos á hacer! Es decir, va V. á hacer.

Leo. (*distraido.*)

Tiene razon, su idea es seductora,
me llena de placer, y me arrebata;
yo pintaré su celestial belleza,
haré un traslado fiel de gracias tantas;
ella tendrá de flores escogidas
en la hechicera frente una guirnalda;
quiero que brille y que arrebate á todos,
en medio de las flores sus hermanas.
Como ellas, ay! nació llena de encantos
y entusiasmó con su pérfume y gala;
como ellas, ay! se marchitó al instante
y tuvo solamente una mañana.

Bar. Bien, magnifico, todo eso le ha inspirado á V. mi designio; lo que es una idea! es decir... pero voy por las flores. (*sale por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

Leopoldo.

Si, yo le habia dado mi palabra, y es anterior á la que di á Magdalena; pero una vez hecho el retrato, partiré; esta es mi obligacion.

ESCENA XIV.

Magdalena, *vestida elegantemente.* **Leopoldo.**

Leo. (*retrocediendo admirado.*) Oh! qué veo! mis ojos ó mi corazon me engañan! Yo voy á perder la razon. Luisa! Luisa! sois vos? (*Magdalena le hace un signo negativo.*) No, que eres tú. (*inspirado.*)

Mag. Me han vestido de esta manera; quiere usted esplicarme lo que esto quiere decir, y qué se va á hacer conmigo?

Leo. Tu retrato; se han empeñado en que lo haga, y yo lo habia ofrecido. Yo he de copiar tu imájen para ellos! No, no la tendrán. Pero antes que vengan, dejame que te robe un bosquejo, asi, con ese traje... será para mi, solo para mi!

Mag. (*turbada.*) Pero yo creia, caballero, que usted me habia prometido abandonar esta casa...

Leo. Razon mas para llevar conmigo tu imájen, tu imájen que tanto he deseado! En concluyendo, yo partiré... lo juro.

Mag. Entonces, acabe V. pronto.

Leo. (*corriendo á cojer el album.*) Voy pues; este es asunto de un momento, y cuando yo me haya alejado de ti, él me recordará las emociones dulces y amargas á la vez, que á tu lado he sentido... No te impacientes, que ya empiezo. (*se sienta junto á la mesa y abre su album, Magdalena se coloca detrás del sillon.*) No, no te coloques asi; entonces no te veo.

Mag. (*cambia de actitud, y se coloca sobre uno de los lados del sillon.*) Estoy asi mejor?... ó de este otro modo. (*apoya el codo sobre el sillon, y reclina la cabeza sobre su mano.*)

Leo (*contemplándola.*) Cuán hermosa es!

Mag. Vamos, caballero, no pinta V?

Leo. Voy... ya no me acordaba.

Mag. Vaya, que fatiga bastante esta postura.

Leo. Tienes razon; siéntate en el sillon, frente á mi. (*se sienta.*) Bien. (*dibuja.*) Con dos minutos solamente... (*se para.*) No fijes tus ojos en el suelo, porque no puedo verlos; ah! clávalos en... mi

Mag. Están bien asi?

Leo. (*dibujando*) Si, mirame siempre.

Mag. Están bien?

Leo. (*con emocion.*) No, no me mires, que entonces no puedo trabajar.

Mag. Pues es gracioso, caballero; ni de un modo, ni de otro; pues ello es preciso que estén de alguna manera.

Leo. Espera; sabes leer?

Mag. No señor, bastante lo siento.

Leo. Es igual, tu harás como si leyeras. (*le dá el periódico que está sobre la mesa.*) Toma este periódico. (*Magdalena lo agarra y aparenta leer.*) Bien, no te muevas, permanece inmóvil. (*dibuja un instante, despues mira sorprendido á Magdalena que parece turbada.*) Pero Dios mio, qué tienes? Su rostro palidece, sus manos tiemblan... suspira... estás mala? (*echándose á sus pies.*) Magdalena, Magdalena, vuelve en ti!

ESCENA XV.

Leopoldo, *á los pies de Magdalena,* el Baron *que sale por la derecha con una corona de flores,* Pedro *por el fondo con la paleta y los pinceles.*

Ped. (*dando un grito y dejando caer lo que trae.*) Lo vé V. S., señor baron; la cosa marcha.
Bar. Quieres callar, hombre? Yo te digo que no.
Ped. Cuando digo á V. S. que la cosa marcha... y cómo tengo de casarme?...
Bar. Cállate, te daré hasta dos mil francos.
Ped. Pues entonces no marcha, tiene V. S. razon, me ha convencido.
Bar. Si eso que ves tú, es fingido.
Ped. Pues finje muy bien el señor Leopoldo!
Leo. Señor baron, acuda V., Magdalena se halla indispuesta.
Bar. (*á Pedro.*) Vé pronto por esencias, traete...
Ped. Un vaso de agua fresca, voy corriendo... pero no los pierda V. S. de vista; porque para ser fingido, ya basta. (*se vá.*)

ESCENA XVI.

El Baron *dirijiendo la vista hácia el lado donde fué Pedro,* Magdalena *desmayada,* Leopoldo *á sus pies.*

Leo. Pero ha! ya vuelve en si. (*á media voz.*) Adios, Magdalena, yo parto.
Mag. (*deteniéndole y en voz baja.*) No, quédese V.
Leo. Cómo!
Bar. (*acercándose.*) Y bien!
Mag. Esto no ha sido nada, señor baron; la fatiga, el calor, la sorpresa...
Bar. De encontrarte tan bella, es verdad? Pero ya que has vuelto en ti, no quiero serviros de estorbo, continuad la obra. (*mirando á Magdalena.*) Pero calla, tú la estás echando de gran señora; el talle derecho... como yo. (*ella se levanta.*) Bien; el andar elegante... como yo. (*ella dá algunos pasos.*) Vamos, no está del todo mal para una aldeana. La mirada coqueta y brillante. (*ella lo mira sonriendo.*) Bien por vida mia, no lo hiciera mejor la primera dama de la córte. (*con ironía.*) Y bien, señora marquesa, qué hay de nuevo?
Mag. (*remedándolo*) Cosas muy curiosas, señor baron.
Bar. (*riéndose, y dirigiéndose á Leopoldo.*) Ja! ja! si parece que es ella!
Mag. (*con coqueteria y finura.*) Se dice que por librarse de indignos tratamientos, la marquesita de Brevannes hizo estender la noticia de su muerte.
Leo. Gran Dios!
Bar. (*con risa estúpida.*) Mire V. lo que está diciendo! ja! ja!
Mag. (*con tono grave.*) Y que durante el tiempo trascurrido, ella se habia ocultado en el fondo de la Bretaña, en casa de su madrina.
Leo. (*temblando.*) Cielos!
Bar. (*admirado.*) Cómo? Yo estoy estupefacto!
Mag. Y hubiera permanecido allí siempre, si la muerte del marques de Brevannes, que acaba de saber en este momento, no la hubiera tornado á la vida, (*tendiendo una mano á Leopoldo.*) y á la libertad.
Leo. (*fuera de si, y cayendo de rodillas.*) Es ella! mi Luisa!
Bar. (*haciendo lo mismo.*) Perdon, señora.

ESCENA XVII.

Pedro, *con un vaso de agua,* Magdalena, el Baron, Leopoldo, *que están á sus pies.*

Ped. Pues señor, esto ya no marcha, sino corre; no corre, sino vuela. Ya hay dos al mismo tiempo... señor, yo no sabia que á V. S. le gustaba el fingir.
Bar. Qué dice ese bobo? (*levantándose.*)
Ped. Digo... que V. S. queria hacerme casar, mediante la suma de...
Bar. Mira, vete á paseo.
Ped. Y yo por mi parte, digo, que no estoy dispuesto á sufrir...
Bar. Cuernos! y que susceptible eres! Tú acabarás por arruinarme.
Leo. (*á la marquesa.*) Con que es cierto, sois vos la marquesa á quien yo adoraba?
Mag. Si, yo soy.
Leo. Y Magdalena, de quien yo era amado?
Mag. Tambien soy yo.
Ped. Con que es decir, que entonces no me queda á mi, sino la Mariana, los quinientos francos que V. me ha prometido, y los dos mil del señor baron...
Bar. Vé sumando, yo por mi parte no te daré un sueldo...
Mar. Yo los daré.
Ped. Qué felicidad! Dos mil quinientos.
Mag. Y no te casas conmigo. (*á Pedro.*) Y vos, Leopoldo, sed franco; á quien amais con mas ardor, á la marquesa, ó á la pobre Magdalena?
Leo. Ah! no me pregunteis eso. En vano podria ya distinguir entre ambas...
Mag. Pues bien. en la duda, yo os doy á las dos.
Leo. Apenas puede mi pecho encerrar tanta ventura! Ah! vuestra vista era la imájen sola, vuestro amor la felicidad.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.— Aprobada en sesion del 9 de abril de 1850.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*=Es copia del original censurado.

MADRID, 1850:
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.
Calle del Duque de Alba, n. 13.